

ALVAR EZQUERRA, Alfredo, *La Emperatriz. Isabel y Carlos V. Amor y gobierno en la corte española del Renacimiento*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2012, 478 pags., ISBN 978-84-9970-276-6.

El Dr. Alfredo Alvar Ezquerro posee un bien ganado prestigio entre los historiadores modernistas, cimentado en sus trabajos de variada temática, que lo han convertido en un destacado especialista en temas como la nobleza, la Corte –si la edición de *El cartapacio del cortesano errante* (2006) es una auténtica maravilla, su lectura es un verdadero deleite–, Felipe II y, muy especialmente, Madrid (del que no es exagerado decir que es uno de sus mejores conocedores y cronista).

Pero nuestro interés en esta ocasión se centra en uno nuevo libro, de carácter biográfico, género que el Dr. Alvar viene cultivando desde hace años con el acierto que le caracteriza. En efecto, en 1998 publicó un volumen sobre *El César Carlos*, al que siguieron en 2002 y 2004 sendas monografías sobre *Isabel la Católica*; en este último año apareció también su libro sobre *Cervantes*, personaje sobre el que siente especial predilección –como he podido comprobar en muchas de nuestras conversaciones y demuestra su hacer en la voluminosa y valiosa *Enciclopedia Cervantina*–; más tarde, en 2010 apareció su obra dedicada al *Duque de Lerma* y en el 2012, el libro que hoy nos ocupa, dedicado a la Emperatriz Isabel, la esposa de Carlos V y madre de Felipe II.

La presente monografía es muy oportuna desde el punto de vista historiográfico. Se produjeron muchas omisiones y olvidos en la serie de conmemoraciones iniciada allá por 1988-89 con ocasión del bicentenario de Carlos III, que alcanza su clímax en 1998-2000 al sucederse los centenarios de Felipe II y Carlos V y continúa desde entonces con más o menos intensidad. Unas conmemoraciones que se centraron en los principales protagonistas y en algunos de sus colaboradores, quedando en la sombra reinas y compañeras que podían haber requerido una mayor atención. En cierto modo, algo de este “olvido” se ha subsanado en parte con aportaciones, como la realizada por la Fundación Española de Historia Moderna en 2004, centenario de la muerte de Isabel la Católica, a la que dedicó uno de los dos temas que habitualmente componen la temática de sus reuniones científicas, cuyas actas fueron publicadas al año siguiente y el tomo que nos interesa lleva por título *La Reina Isabel y las reinas de España. Realidad, modelos e imagen historiográfica*.

En consecuencia, hay que dar la bienvenida a esta monografía sobre la Emperatriz, que se nos presenta dividida en siete grandes apartados. Escrita en un tono sencillo y colorista, el autor busca con frecuencia una comunicación directa con el lector, al que habla en segunda persona y hace frecuentes guiños para que siga mejor el relato con el que nos aproxima a la protagonista, cuya imagen más conocida es la que nos ofrece Tiziano, bien en el retrato que hace del matrimonio imperial, bien en el que pinta en 1548, donde Isabel aparece sentada, con un libro en las manos y una mirada melancólica y perdida, muy similar a la que tiene en el retrato con su marido y que conocemos gracias a una copia de Rubens, pues el original se ha perdido. Una mirada que puede responder al hecho de que esos cuadros se pintaron cuando ella ya había muerto o a que sea una muestra de la grandeza del personaje importante, como se

pensaba en la época. Entre los aciertos del libro está el recurso a unos epígrafes muy expresivos, que van jalando la narración.

El relato empieza –no podía ser de otro modo– con la venida al mundo de Isabel o, mejor, con la serie de matrimonios y nacimientos iniciada con la unión entre Isabel (primogénita de los Reyes Católicos) y Alfonso (heredero de Juan II de Portugal), que fallece muy pronto y la viuda casa con el nuevo rey portugués Manuel el Afortunado, primo de Juan II muerto sin descendencia directa. Isabel murió de sobrepeso, al dar a luz a Miguel, que también muere poco después. Manuel se casó entonces con María, otra hija de los Reyes Católicos y ese matrimonio tuvo diez hijos; uno será Juan III de Portugal; otra, Isabel, la emperatriz, nacida en 1503.

También hay referencias al nacimiento de quien sería Carlos V, emperador y futuro marido de Isabel, así como la serie de manejos diplomáticos a tres bandas (el Emperador, Enrique VIII y Manuel el Afortunado, muerto en 1521 y sucedido por su hijo Juan III) que culminarían en el matrimonio del César con la infanta portuguesa Isabel, unión sobre la que se mostraron decididos partidarios Gattinara y Lorenzo Galíndez de Carvajal, unión cuyas capitulaciones –donde se acordaba, entre otras cosas, una dote de 900.000 doblas de oro castellanas y la forma de pago– se cerraron en octubre de 1525, celebrándose el matrimonio por poderes el 30 de noviembre de ese año en el palacio de Almeirín, en una impresionante y concurrida ceremonia y seguida de festejos diversos. La dispensa de parentesco papal definitiva se expidió por Clemente VII en 18 de enero de 1526. Por su parte el Emperador garantizaría la “supervivencia diaria” de su esposa en Castilla con la asignación de unas rentas que garantizaban “la gobernación y sustentación de su persona, casa y estado”.

En su camino hacia Castilla, Isabel vio cómo su comitiva iba en aumento y el ceremonial se complicaba para acabar en un besamanos espectacular de los enviados –importantes y distinguidos– por su marido a recibirla a la raya con Portugal. La dama fue llevada a Badajoz y desde allí a Sevilla, la cosmopolita ciudad andaluza, donde entraba el 3 de marzo de 1526 y una semana después lo hacía Carlos. A ambos la ciudad los recibió con entusiasmo y alborozo, apoteósicamente, recibimientos que el autor nos describe con minuciosidad, recreando lo que era una entrada real en una ciudad.

El segundo apartado se refiere a la estancia de ambos esposos en Sevilla, desde el 10 de marzo de 1526 a enero de 1527. De nuevo encontramos un relato tan humano como poco usual: el del primer encuentro de la pareja, el desposorio, el velatorio, la consumación del matrimonio... Sólo enturbiaron aquellos felices días el fallecimiento Isabel de Austria –hermana de Carlos V y esposa de Cristian II de Dinamarca– y el asesinato del alcaide de la fortaleza de Simancas por el obispo de Zamora, Antonio de Acuña, encarcelado allí por su participación en las Comunidades; Acuña fue condenado a garrote por su crimen y de ello tuvo noticia Carlos el mismo día de su boda; el ajusticiamiento del obispo provocó la excomunión –temporal– del Emperador, acontecimientos relatados al tiempo que se detiene en los matrimonios de Germana de Foix (y la posible aventura de Carlos con ella).

En el mes de marzo la Corte se mueve: Écija, Córdoba, Santa Fe y... Granada. El 4 de junio entraron en la bella ciudad andaluza, cuyas luminarias pudieron admirar desde la Alhambra, después de las ceremonias de rigor en un recibimiento regio, des-

critas con todo detalle, incluido el terremoto del 4 de julio, la conflictiva dimensión morisca de la ciudad y lo que le costó a la ciudad la estancia regia (1.779.282 maravedíes); todo ello sin perder de vista en ningún momento la relación entre la pareja con detalles que nos la sitúan en un plano más “terrenal”, pues al fin y al cabo eran humanos y como tales sentían.

Y así llegamos al tercer apartado, que cronológicamente discurre entre el 21 de mayo de 1527 y la primavera de 1529, periodo en que hay acontecimientos importantísimos, pero ninguno como el nacimiento del heredero en la primera de las fechas citadas. El embarazo de la reina se hizo público el 15 de septiembre y todos los pormenores, incluido un borrador de testamento que hizo Isabel y su recorrido hasta Valladolid, nos los relata el autor siguiendo las cartas del embajador Salinas y recreando el significado del nacimiento del heredero y las circunstancias que concurrieron en el mismo. El 5 de febrero de 1528 se anuncia la convocatoria de Cortes en Madrid para jurar al heredero y poco después, el Emperador pasaba a Italia por exigencias políticas y bélicas, dejando a Isabel como reina gobernadora de Castilla, asesorada por los Consejos de la Monarquía.

Sin perder de vista la dimensión personal, en este caso de la madre y el hijo –de quienes nos dice que estaban enfermos en octubre de 1528–, es el momento elegido por el autor para introducir un nuevo personaje, importante en la relación con el Emperador e Isabel: el cardenal Tavera, presidente del Consejo Real. A estas alturas, la casa de la emperatriz seguía siendo portuguesa con algún que otro castellano. Para entonces, las casas reales habían experimentado importantes novedades, especialmente la estratificación de los cargos palatinos, el incremento de su número y su ennoblecimiento. La corte castellana era de las más austeras de entonces y así permaneció en gran medida hasta que en 1547 Carlos V ordenó la incorporación de la etiqueta borgoñona, aunque respetando usos tradicionales. En lo que se refiere a la casa de Isabel, el autor pormenoriza en los cargos y personajes que los ocuparon, pertenecientes a los más granados linajes portugueses. Respecto al tercer nivel de los servidores de la emperatriz, nos dice Alvar: “Merece la pena destacarse el hecho de que algunas debieron servir de niñas a Isabel I, y con más edad pasaron a cuidar de María, para acabar con la infanta Isabel” (pág. 151). Pero en 1528 se produjeron grandes cambios en la casa de la Emperatriz, adquiriendo principal importancia el III conde de Miranda, Francisco de Zúñiga y Avellaneda, nombrado mayordomo mayor, el primero de los cambios que castellanizarían la casa –en cierto modo, a imitación de la de Isabel I– y el comienzo de la consolidación de los Zúñiga.

Como el viaje de 1528 a Italia de Carlos V se complicó con los asuntos alemanes, Isabel quedó de gobernadora y nuevamente embarazada, próxima a dar a luz. Y de nuevo asistimos a los recibimientos que se le hicieron al César en Valencia y Aragón, donde celebró sendas Cortes. Luego embarcaba en Barcelona y dejaría unas instrucciones a su esposa de cómo debía proceder en su ausencia tanto en Castilla como en Aragón, que el lector puede consultar en las páginas 166 y siguientes. Al quedar como gobernadora, Isabel redactó su segundo testamento (7 de marzo de 1529), que tiene presente el anterior de 1527. El autor describe minuciosamente el momento y el texto..., y las tercianas que padeció la emperatriz por entonces.

El cuarto apartado, cronológicamente desde marzo de 1529 a junio de 1533, está expresivamente titulado: “La segunda gobernación de Isabel. Mientras, Bolonia, Alemania y el turco sobre Viena”. La gestión gobernadora de Isabel es ponderada muy favorablemente por Alvar, al analizar la correspondencia que cruza con su marido, particularmente la de 18 de julio de 1529, una Instrucción dirigida a Francisco de los Cobos para que él la transmita al Emperador, mostrando criterios propios que muy pronto comunicará directamente a su marido, sin intermediarios. “Isabel ejerce en una suerte de gobierno unipersonal y multiterritorial compartido con los virreyes, pero como quiera que el emperador va a Italia, ese gobierno sólo afecta a los territorios españoles” (pág. 199). Los temas que se abordan en la correspondencia entre ambos esposos –no faltan las cartas cifradas– son muy abundantes, incluidos algunos líos de no poco eco doméstico y será el giro de la política internacional y la mala situación de la Real Hacienda los que aconsejen ampliar las facultades gubernamentales de Isabel, un tanto restringidas inicialmente por las disposiciones de Carlos V; unas facultades que Isabel podrá ejercer en su segunda gobernación, desde marzo de 1529 a abril de 1533, en donde vemos asuntos de Estado, cuestiones familiares, problemas de dinero, las relaciones con Francia, la coronación imperial en Bolonia..., y cómo Isabel gana en confianza y seguridad hasta reconvenir al Emperador por algo que ha hecho o no. El análisis de más de mil cédulas emitidas por Isabel, estudiadas en su día, permiten al autor caracterizar el gobierno de Isabel y cómo su figura cala en la estima de sus súbditos. Desde mi punto de vista el contenido de este apartado es una de las aportaciones más significativas del libro, pues no sólo pone de relieve el gobierno de la Emperatriz, sino que reivindica la importancia de su gestión. Por fin, en la primavera de 1533 se anuncia el regreso del César y la esposa se pone en camino hacia Barcelona para recibirlo, acompañada por un séquito de importantes aristócratas. El 22 de abril de 1533 los esposos se encontraron.

Este apartado se cierra con una relación de los gastos que ocasionaba el mantenimiento de la Corte y su personal en 1531, gastos que al compararlos con los de otros años en que Isabel no estuvo al frente del gobierno le permiten al autor asegurar que esos gastos se contuvieron, para dispararse más tarde.

El apartado quinto analiza los años que van de 1533 a 1538 y está rotulado como “entre obligaciones y resignación”. El 18 de junio de 1533 se abrían las Cortes de Aragón en Monzón, cuya duración fue mayor de lo esperado y que Carlos siguió entre idas y venidas con la preocupación de la enfermedad de su mujer, que alarmó a todos. Iniciado el año siguiente, los esposos se dirigirán a Castilla, cada uno por su lado para reunirse en Toledo, donde pasan la Semana Santa. En Valladolid la reina tiene un nuevo parto desgraciado. Finalmente, a principios de marzo de 1535, Carlos sale hacia Barcelona para embarcar rumbo a Túnez.

Isabel, nuevamente embarazada (Juana nacerá en junio), no acaba de encontrarse bien y dicta su tercer testamento, igual que el de 1529, y de nuevo asumirá las tareas de gobierno, pues su esposo la deja por tercera vez como gobernadora y así ejercerá, desde la partida del Emperador hasta su regreso en 1536, un gobierno del que tenemos cumplida información gracias al epistolario, analizado por el autor con la misma minuciosidad que en las gobernaciones precedentes. Se recrea en el gobierno

de España en 1536 durante la campaña de Milán, considerándolo “un nuevo ejemplo de acción política” (pág. 312).

El apartado sexto se centra en 1539. Isabel, otra vez embarazada, no se encontraba bien y hace un nuevo testamento, teniendo a la vista el de 1535. El 20 de abril la emperatriz dio a luz a un feto muerto y ella murió unos días después, el 1 de mayo en Toledo, al subirle bruscamente la fiebre, ataque del que no se repuso, como sabemos por el relato minucioso de sus momentos finales que el autor reconstruye siguiendo de cerca las cartas del ya citado Salinas. Una terrible convulsión recorrió España, al tiempo que se difundía la noticia. El sepelio regio fue todo un acontecimiento, dramático y fúnebre, lo mismo que el paso del cortejo en su recorrido hasta Granada, subiendo de punto el relato, incluyendo la difundida “patraña” que corre sobre la repentina vocación del duque de Gandía, beatificado como San Francisco de Borja en 1671. El 17 de mayo el cadáver de la Emperatriz fue entregado en Granada y depositado en la Capilla Real, junto a los Reyes Católicos. Unas referencias a como se recibió la noticia en Valladolid y Sevilla nos muestran el eco fúnebre y sentido de la noticia. A Carlos le quedó el dolor y procurar que se cumplieran las disposiciones testamentarias de su esposa, otra dimensión –el cumplimiento de un testamento real y la almoneda de sus bienes– muy poco habitual en la historiografía y que aquí es reconstruido con minuciosidad (véanse págs. 362 y siguientes).

El luto duró un año y en junio de 1573, Felipe II decidió trasladar a El Escorial los cuerpos de sus padres, de su hijo y de su tercera esposa, Isabel de Valois, depositados primero en la Iglesia de Prestado del monasterio y luego, en 1654 a su lugar de descanso definitivo, pues Felipe IV respiraba orgulloso al ver concluida una obra iniciada por su abuelo, continuada por su padre y concluida por él. Carlos V fue enterrado bajo el altar y la emperatriz enfrente, bajo la epístola. Por cierto, en el traslado de los cuerpos –hubo que cambiarlos de ataúd– comprobaron que el de Carlos V estaba incorrupto y parece que así seguía cuando ardió el Monasterio en 1872. Alvar dice tener “noticias” de que así sigue y de Isabel, concluye que no sabe más “que lo que sé hasta ahora”. Que no es poco.

En el capítulo VII no vamos a entrar. Contiene “otras cosas para entender a Isabel” y está destinado, especialmente, a una lectora de hoy, para su satisfacción (se refiere a los vestidos de la Emperatriz), para su decepción (las lecturas que hacía Isabel), para su ¿envidia? (la Emperatriz sentada a la mesa), para su reflexión (los partos imperiales) y para su consuelo (la débil salud y la depresión final de Isabel). Por último y para curiosidad de todos, el análisis de los retratos reales. Y aún quedan las páginas de la cronología y las notas.

Quien lea el libro –sea lector o lectora– disfrutará como he disfrutado yo –por lo menos eso creo–. Espero que estas líneas que le he dedicado aquí, no sólo sean un reconocimiento expreso de su calidad, sino que también un estímulo para que quien las lea acuda al texto que nos ofrece Alfredo Alvar con el gracejo y la profundidad que le caracterizan.

Enrique MARTÍNEZ RUIZ  
Universidad Complutense de Madrid